

gia del latín, que no sé, a querer hundirme en la muerte y no poder hundirme en la muerte, a ser y seguir siendo.

Ese latín entresoñado en la nostalgia y semiolvidado con el paso de los años —más de cincuenta y muchos han pasado desde que lo estudiara en Ginebra en su bachillerato— se concreta algunas veces en un hexámetro de Virgilio. En *Los conjurados* (1985) hay un breve relato de una pesadilla («Las hojas del ciprés») en que el soñador —Borges— se salva al recordar un verso virgiliano: *Quantum lenta solent inter viburna cupressi*.

El pertinaz amante de las etimologías aprovecha para anotar que *lenta* significa ahí «flexibles». «Lento» es, como cualquiera sabe, un adjetivo predilecto del Borges poeta, acaso virgiliano.

Rememora Borges que también para otros fue Virgilio un fantasma familiar. Así en «Descartes» —en *La cifra*— dice el relator:

He soñado a Cartago y las legiones que desolaron a Cartago.
He soñado a Virgilio.
He soñado la colina del Gólgota y las cruces de Roma.

En «Góngora» —en *Los conjurados*— el lírico culterano confiesa que es Virgilio quien le sedujo, Virgilio y el latín:

Cercado estoy por la mitología.
Nada puedo. Virgilio me ha hechizado.
Virgilio y el latín. Hice que cada
estrofa fuera un arduo laberinto
de entretajadas voces, un recinto
vedado al vulgo, que es apenas nada.

Borges, que muchos años antes había dedicado poemas a Quevedo y a Gracián, cumple ahora recordando al autor del «incómodo Polifemo». Este es uno de sus últimos poemas. También Borges recordaba que él comenzó multiplicando las metáforas y los giros barrocos, para irse luego convirtiendo a la sencillez. Como este Góngora que concluye confesando contrito, arrepentido:

Quiero volver a las comunes cosas:
el agua, el pan, un cántaro, las rosas...

Hay algún otro eco virgiliano en *Los conjurados*, eco mitigado porque no se nombra al poeta. Así en «Posesión del ayer», cuando nos dice:

Sólo el que ha muerto es nuestro, sólo es nuestro lo que perdimos. Ilión fue, pero Ilión perdura en el hexámetro que la plañe.

La alusión al hexámetro de Virgilio (*Eneida*, II, 325) está clara. Es más explícito Borges en otra cita del mismo (en su ya citado *Prólogo*) cuando dice:

Virgilio no nos dice que los aqueos aprovecharon los intervalos de oscuridad para entrar en Troya; habla de los amistosos silencios de la luna. No escribe que Troya fue destruida; escribe *Troya fue*. No escribe que un destino fue desdichado; escribe

De otra manera lo entendieron los dioses. Para expresar lo que ahora se llama panteísmo nos deja estas palabras: *Todas las cosas están llenas de Júpiter.* Virgilio no condena la locura bélica de los hombres; dice *El amor del hierro.* No nos cuenta que Eneas y la Sibila erraban solitarios bajo la oscura noche entre sombras; escribe: *Ibant obscuri sola sub nocte per umbram.*

Omnia sunt plena Iovis es una frase virgiliana que aparece citada en un poema de *Los conjurados* («Sherlock Holmes»). La de «De otra manera lo entendieron los dioses» (*Dis aliter visum*, de *Eneida*, II, 428) tal vez está latente en una frase de *El Aleph*: «quizá los condenaron los hombres, pero no Dios», según sugiere Ana M.^a Barrenechea. *Ibant obscuri sola sub nocte per umbram* figura, comentada, en el prólogo a *El hacedor* (1960) y en *Siete noches* (1980), págs. 104-105, también con comentarios sobre su fuerza poética.

Entre los talismanes que tiene la memoria están los versos de Virgilio o los ecos de Virgilio —como se apunta en un texto de *Elogio de la sombra* («Invocación a Joyce») y en otro, titulado «Talismanes», de *La rosa profunda*. La idea de que un verso funcione como un «talisman» está explicitada en el *Prólogo* a este libro (de 1975), donde se da como ejemplo otro hexámetro virgiliano.

«La palabra habría sido en el principio un símbolo mágico, que la usura del tiempo desgastaría. La misión del poeta sería restituir a la palabra, siquiera de un modo parcial, su primitiva y ahora oculta virtud. Dos deberes tendría todo verso: comunicar un hecho preciso y tocarnos físicamente, como la cercanía del mar.

He aquí un ejemplo de Virgilio:

Tendebantque manus ripae ulterioris amore».

Me gustaría comentar brevemente las otras citas de Virgilio que encontramos en *La cifra*. Ya hemos visto dos; son cuatro más.

La primera en «Himno», un poema que alude a varios temas griegos: la metamorfosis de Zeus en lluvia de oro para llegar al regazo de Dánae; la afirmación de Empédocles por haber sido «un pez escamoso en el mar»; Virgilio celebrando la seda china; y Pitágoras explicando geometría. Todos están aludidos en otros textos de Borges.

... Una lluvia de oro cae del cielo
 es el amor de Zeus.
 Salta del mar un pez
 y un hombre de Agrigento recordará
 haber sido ese pez.
 La lenta mano de Virgilio acaricia
 la seda que trajeron
 del reino del Emperador Amarillo
 las caravanas y las naves.
 El primer ruiñeñor canta en Hungría.
 Jesús ve en la moneda el perfil de César.
 Pitágoras revela a sus griegos
 que la forma del tiempo es la del círculo.

La segunda está en «Elegía», en que el poeta llora recordando:

... la breve dicha y la ansiedad que guarda
de marfil y de música Virgilio,
que cantó los trabajos de la espada,
las configuraciones de las nubes
de cada nuevo y singular ocaso
y la mañana que será la tarde.

La tercera está en «Poema», que comienza:

Dormías. Te despierto.
La gran mañana depara la ilusión de un principio.
Te habías olvidado de Virgilio. Aquí están los hexámetros.
Te traigo muchas cosas.
Las cuatro raíces del griego: la tierra, el agua, el fuego, el aire.
Un solo nombre de mujer.
La amistad de la luna...

En la cuarta cita se nos sugiere que también esa «amistad de la luna» tiene un regusto virgiliano. Pues dice así el comienzo de «La cifra», último poema del libro al que da nombre:

La amistad silenciosa de la luna
(cito mal a Virgilio)¹⁷ te acompaña
desde aquella pérdida hoy en el tiempo
noche o atardecer en que tus vagos
ojos la descifraron para siempre.

Es muy curioso observar cómo la memoria de Borges atesora unas imágenes, unos precisos textos y unas relaciones poéticas que no se recata en volver a invocar. Virgilio está asociado al hexámetro, a la luna y el ruiseñor, a la *Eneida* resonante y a esa misteriosa seda, que el poeta latino mencionó una vez en las *Geórgicas* (II, 120-21). Más detenidamente que en *La cifra* lo evoca en un hermoso texto de *La rosa profunda* (1975), el poema «Oriente»:

La mano de Virgilio se demora
Sobre una tela con frescura de agua
Y entretejidas formas y colores
Que han traído a su Roma las remotas
Caravanas del tiempo y de la arena.
Perdurará en un verso de las *Geórgicas*.
No la había visto nunca. Hoy es la seda.

Una versión en prosa de ese estupendo encuentro entre el poeta latino y la tela de seda recién importada lo tenemos en *Siete noches*. Es en la charla tercera que trata de «Las Mil y Una noches». La mención de Virgilio viene después de un curioso relato sobre la leyenda de Alejandro, y precede a una de Plinio y Juvenal que citaré también, porque también en este caso es un interesante ejemplo de rememoración de un antiguo verso latino:

¹⁷ Se trata de un texto virgiliano que encontramos en *Otras inquisiciones* (en «Nota sobre (hacia) Bernard Shaw»), en un pasaje de enorme interés para calibrar justamente el peso poético de las citas borgianas. De modo que citaré unas cuantas líneas de éste:

«...Un libro es más que una estructura verbal, o que una serie de estructuras verbales; es el diálogo que entabla con su lector y la entonación que impone a su voz y las cambiantes y durables imágenes que deja en su memoria. Ese diálogo es infinito; las palabras *amica silentia lunae* significan ahora la luna íntima, silenciosa y luciente, y en la *Eneida* significaron el interlunio, la oscuridad que permitió a los griegos entrar en la ciudadela de Troya...»

Veamos otro ejemplo de ese largo diálogo entre el Oriente y el Occidente, ese diálogo no pocas veces trágico. Pensamos en el joven Virgilio que está palpando una seda estampada, de un país remoto. El país de los chinos, del cual él sólo sabe que es lejano y pacífico, muy numeroso, que abarca los últimos confines del Oriente. Virgilio recordará esa seda en las *Geórgicas*, esa seda inconsutil, con imágenes de templos, emperadores, ríos, puentes, lagos distintos de los que conocía.

Otra revelación del Oriente es la de aquel libro admirable, la *Historia natural* de Plinio. Ahí se habla de los chinos y se menciona a Bactriana, Persia, se habla de la India, del rey Pooro. «Hay un verso de Juvenal, que yo habré leído hará más de cuarenta años y que, de pronto, me viene a la memoria. Para hablar de un lugar lejano, Juvenal dice: «*Ultra Aurora et Ganges*, “más allá de la aurora y del Ganges”. En esas cuatro palabras está el Oriente para nosotros. Quién sabe si Juvenal lo sintió como lo sentimos nosotros. Creo que sí. Siempre el Oriente habrá ejercido fascinación sobre los hombres de Occidente».

En la biblioteca personal de Borges —según él mismo cuenta en «Junio, 1968», en *Elogio de la sombra*— los libros de su amigo Alfonso Reyes lindaban con los de su Virgilio («a Reyes no le desagradará ciertamente la cercanía de Virgilio»), pero era ante todo en su memoria, como dice el último verso de «El grabado», un poema donde trata de los dones de la memoria, en *Historia de la noche*, donde pervive «O —luna y sombra— el oro de Virgilio».

A lo largo de sus obras Borges ha citado más de sesenta veces a Virgilio. (Cuento 56 en el catálogo de las citas de la publicación «Borges», de la Biblioteca Nacional de Madrid, 1986; donde no están registradas las menciones de *La moneda de hierro* ni las de sus *Prólogos*, como el de la *Eneida*, que hemos citado en estas páginas).

Por otra parte, es probable que alguna cita se les haya pasado por alto a los anotadores del catálogo. O que en algún texto de Borges quede latente una alusión o un eco de versos de Virgilio que sólo un lector muy avezado pueda rastrear. Un ejemplo muy claro de este tipo de cita inadvertida —quizás incluso para el propio Borges— fue notado por María Rosa Lida y recordado por Jaime Alazraki, de cuyo texto lo tomo:

Ya en 1952, María Rosa Lida advertía que la extraña frase «desnudo en la ignorada arena» que el narrador de «El inmortal» emplea para describir sus errabundeos en la Ciudad de los trogloditas, era una traducción de un verso del canto V de la *Eneida* de Virgilio, *nudus in ignota, Palinure, iacebis arena*. El comentario de María Rosa Lida a este hallazgo: «Coincidencias que ni son muestras de pereza ni de admiración huera: no es sino que el escritor reciente —Borges frente a Virgilio, Virgilio frente a Homero— juzga frívolo variar lo ya perfecto y, al trasladarlo intacto a la lengua materna, revela al lector que había pasado distraidamente por el original, su desatendida belleza¹⁸.

Quisiera concluir estas páginas —en las que he abusado de las citas y he preferido las de sus poemas tardíos— con unos versos de *The thing I am*, uno de los poemas finales de *Historia de la noche*. Como otros poemas está fundado en una enumeración de aquellas cosas que pueblan la memoria y el destino del narrador, que no es otro que Borges. Esas líneas reúnen algunas referencias al mundo clásico: ese «hexámetro

¹⁸ En J. Alazraki, *La prosa narrativa...*, ya cit., pág. 452.

aprendido junto al Ródano» es de Virgilio, y el «orbe de fuego y las aguas de la Ira» remiten al incendio de Troya, contado en la *Eneida*. En el poema están todos los temas familiares de Borges: la ceguera, la literatura, la biblioteca, los antepasados, Dante, Shakespeare, el sueño, la memoria... Los versos citados están en el centro de esa elegía enumerativa:

Soy al cabo del día el resignado
 Que dispone de un modo algo distinto
 Las voces de la lengua castellana
 Para narrar las fábulas que agotan
 Lo que se llama la literatura.
 Soy el que hojeaba las enciclopedias,
 El tardío escolar de sienes blancas
 O grises, prisionero de una casa
 Llena de libros que no tienen letras
 Que en la penumbra escande un temeroso
 Hexámetro aprendido junto al Ródano,
 El que quiere salvar un orbe que huye
 Del fuego y de las aguas de la Ira
 Con un poco de Fedro y de Virgilio.

Última evocación

En *Los conjurados* hay una larga enumeración titulada «Alguien sueña» donde veremos a encontrar los motivos e imágenes y figuras que han frecuentado obsesivamente la memoria de Borges, como si, desde este último libro, a sus ochenta y muchos años, el anciano quisiera despedirse de ellos y hacerlos desfilar otra vez, como Alejandro moribundo a sus soldados en la mañana de Babilonia:

¿Qué habrá soñado el Tiempo hasta ahora, que es, como todos los ahoras, el ápice?. Así comienza ese poético catálogo personal, del que quisiera ahora extraer tan sólo los temas clásicos²⁰:

Ha soñado a los griegos que descubrieron el diálogo y la duda. Ha soñado la aniquilación de Cartago por el fuego y la sal... Ha soñado las opuestas caras de Jano que no se verán nunca... Ha soñado los arquetipos... Ha soñado las cien puertas de Tebas. Ha soñado los pasos del laberinto. Ha soñado el nombre secreto de Roma, que era su verdadera muralla... Ha soñado mapas que Ulises no habría comprendido. Ha soñado a Alejandro de Macedonia. Ha soñado el muro del Paraíso, que detuvo a Alejandro.

La retahíla de nombres, fascinantes, memorables, podía fácilmente haberse alargado. No incluye grandes novedades frente a otras evocaciones similares. Se mezclan los símbolos antiguos con otros, y los míticos con los históricos. La mera enumeración y sus vaivenes, como las fórmulas mágicas de encantamiento, tiene su halo poético innegable. A través de esos nombres se va perfilando una memoria personal, son como señales de un paisaje contemplado ya desde la última revuelta del camino*.

Carlos García Gual

¹⁹ Sólo he encontrado un verso latino citado por Borges que no es de Virgilio, sino de Propertio. Está en «Quevedo» (en *Otras inquietudes*). Es un pasaje interesante y una cita oportuna:

«No pocas veces, el punto de partida de Quevedo es un texto clásico. Así, la memorable línea (Musa, IV, 31). Polvo serán, mas polvo enamorado

es una recreación, o exaltación, de una de Propertio (Elegías, I, 19)

Ut meus oblito pulvis amores vacet».

²⁰ Es curioso señalar que algunos de estos símbolos se han incorporado algo más tarde que otros a la memoria borgiana. Así Cartago se encuentra citada muchas veces en las poesías de la vejez —como emblema de la ciudad arrasada y olvidada— y lo mismo el dios Jano, bifronte y anacrónico.

* Redactado ya el artículo, leo en el libro de conversaciones de Borges con Osvaldo Ferrari algunas observaciones del escritor que, felizmente, coinciden con las aquí expuestas.

Sevilla? (1920)

Sábido

Querido Compañero, salve! - Te lanzo mi más
sincera enhorabuena por tu Manifiesto Vertical.
Con entusiasmo y grand plaisir acudo a tu
demanda de una prosa escogida del idioma
que expligas en sus columnas. Lo
escribiré mañana y a mediados de la
semana próxima vendrá en tus manos.

Alomar se halla actualmente aquí. Lo
encontré hace unos días - me felicité por
el duelo que sostuvo con el director de
"Ignorancia" y me dio una bandada de
saludos para los compañeros de Madrid.

▼ Tal vez habrá a un par de meses en Tordesillas
por allí ... Por lo pronto, sigo
escribiendo poemas dinámicos y digamos
a lo largo de los cenitimos horas.
¿Ya inició Jaxfir el reformo?

Un gran abrazo a Isaac, el "gran
Camacho", como lo conocí, si hubiese
signado seguramente Walt Whitman.

Con los ventanales de mi corazón abierto
de por en por hacia Tu alma

Jorge Luis Borges

Carta de Borges a
Guillermo de Torre
(¿Sevilla, 1920?)